

8 de marzo Día Internacional de la Mujer

Cultura de la Paz y Mujer

Marisol Pardo

Secretaría de la Mujer Federación de Enseñanza de CC.OO.

La situación de desigualdad en que se encuentra la mujer en la mayoría de los países se debe, en gran medida, a la pobreza masiva y al atraso de la mayoría de la población mundial como resultado del subdesarrollo producto del imperialismo, del colonialismo, del neocolonialismo, del apartheid, el racismo, el patriarcado y las relaciones internacionales injustas

Este año, el 8 de marzo tiene necesariamente que hacer referencia a la Paz, la Mujer y el Empleo.

La dimensión que ha alcanzado la guerra del Golfo y cuyas consecuencias cuentan ya en su haber con decenas de miles de personas muertas, enormes daños causados al medio ambiente, el deterioro de las relaciones de España y países mediterráneos con los países árabes y en particular con los países del Magreb, evidencia que de esta guerra difícilmente saldrá un nuevo orden internacional; por el contrario, se producirá una mayor separación entre los países desarrollados del Norte y los países pobres del Sur y una mayor incompreensión entre las diferentes culturas.

La carrera armamentista, cada día más sofisticada, produce un elevado aumento de gastos que trae consigo el recorte de presupuestos en infraestructura social, los costos de la guerra recaerán una vez más sobre las clases menos favorecidas, sobre los trabajadores en general y sobre las trabajadoras en particular.

Por un lado, al no disponer de infraestructura necesaria para que los niños, ancianos, en definitiva, el cuidado y atención a la familia, no sea una sobrecarga para las mujeres.

Por otro lado, el recorte de gastos sociales; en Inglaterra ya se aprobó un proyecto gubernamental para recortar los gastos destinados a salud y empleo de las mujeres, una vez más repercutirá en una pérdida de puestos de trabajo que en sectores como salud y educación están ocupados mayoritariamente por mujeres.

Las causas de la guerra son, sin lugar a dudas, de origen económico y estratégico, y es fácil pensar que los beneficiados serán las multinacionales de armamento y energía.

Pero, a su vez, hay que pensar que los mecanismos económicos no funcionan aisladamente, están entramados en un tejido social y culturas diferentes y es en esta dimensión global en la que se sitúa el vínculo entre feminismo y pacifismo.

No me refiero precisamente al feminismo «sentimental» que interpreta la guerra como una expresión de violencia masculina, superponiéndose al cliché tradicional de la mujer buena, dulce y sumisa, incapaz por naturaleza de violencia. El feminismo-pacifista de tipo político implica un esfuerzo de interpretación de una realidad compleja y de una cultura de paz mediante soluciones que han de tener en cuenta a la vez las necesidades específicas y las condiciones globales porque las relaciones de poder-sumisión se reproducen a todos

los niveles, desde las relaciones interpersonales hasta las relaciones entre el primer y el llamado tercer mundo.

No olvidemos que la situación de desigualdad en que se encuentra la mujer en la mayoría de los países se debe, en gran medida, a la pobreza masiva y al atraso de la mayoría de la población mundial como resultado del subdesarrollo producto del imperialismo, del colonialismo, el neocolonialismo, del apartheid, el racismo, el patriarcado y las relaciones internacionales injustas.

Más del 50 por 100 de la población mundial, en torno a los 2.500 millones, son mujeres. Aportan casi las 2/3 partes del total de horas trabajadas en el planeta y producen más de la mitad de los alimentos del mundo. Sin embargo, sólo reciben una décima parte de la renta mundial y poseen menos del 1 por 100 de la propiedad.

La mayor parte del trabajo doméstico mundial es realizado por las mujeres, lo que supone, junto con el trabajo en el campo en África, América y Asia o la incorporación al mundo laboral en los países avanzados, que la mayoría de las mujeres realizan dos jornadas de trabajo. Las mujeres, además, atienden y cuidan a los niños y a las personas ancianas y enfermos, prestan más servicios de salud que el conjunto de dichos servicios. La economía sumergida, el paro, la discriminación en el acceso al puesto de trabajo, los salarios más bajos, las tareas peor pagadas y menos valoradas, tienen como consecuencia que las mujeres solas con hijos/as a su cargo representen una parte abrumadora del total de la población más pobre del planeta.

Si la verdadera dimensión de nuestra tarea como educadoras y educadores es contribuir a la transformación profunda de la sociedad, hemos de colaborar a que la educación en la cultura de la paz sea una educación liberadora que forme personas críticas y activas ante el androcentrismo, la intolerancia, el etnocentrismo, el racismo, las discriminaciones económicas y sociales y de todas aquellas actitudes que contribuyen a perpetuar la violencia estructural; en definitiva, la educación para la paz contribuirá a la emancipación de las personas y de los pueblos.